# Domingo 20º del Tiempo Ordinario - Ciclo C

### 

**Lectura del libro de Jeremías (38,4-6.8-10):**  
  
En aquellos días, los príncipes dijeron al rey: «Muera ese Jeremías, porque está desmoralizando a los soldados que quedan en la ciudad y a todo el pueblo, con semejantes discursos. Ese hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia.»   
Respondió el rey Sedecías: «Ahí lo tenéis, en vuestro poder: el rey no puede nada contra vosotros.»   
Ellos cogieron a Jeremías y lo arrojaron en el aljibe de Malquías, príncipe real, en el patio de la guardia, descolgándolo con sogas. En el aljibe no había agua, sino lodo, y Jeremías se hundió en el lodo.   
Ebedmelek salió del palacio y habló al rey: «Mi rey y señor, esos hombres han tratado inicuamente al profeta Jeremías, arrojándolo al aljibe, donde morirá de hambre, porque no queda pan en la ciudad.»  
Entonces el rey ordenó a Ebedmelek, el cusita: «Toma tres hombres a tu mando, y sacad al profeta Jeremías del aljibe, antes de que muera.»

### 

**Salmo 39,2.3;4.18  
  
R/.** *Señor, date prisa en socorrerme*  
  
Yo esperaba con ansia al Señor;   
él se inclinó y escuchó mi grito. **R/.**   
  
Me levantó de la fosa fatal,   
de la charca fangosa;   
afianzó mis pies sobre roca,   
y aseguró mis pasos. **R/.**   
  
Me puso en la boca un cántico nuevo,   
un himno a nuestro Dios.   
Muchos, al verlo, quedaron sobrecogidos   
y confiaron en el Señor. **R/.**   
  
Yo soy pobre y desgraciado,   
pero el Señor se cuida de mí;   
tú eres mi auxilio y mi liberación:   
Dios mío, no tardes. **R/.**

### 

**Lectura de la carta a los Hebreos (12,1-4):**  
  
Una nube ingente de testigos nos rodea: por tanto, quitémonos lo que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca, sin retiramos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó la oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado.

### 

**Lectura del santo evangelio según san Lucas (12,49-53):**  
  
En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo! Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división. En adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.»

**HOMILIA D20/C**

Hoy en el Evangelio de Jesús escuchamos afirmaciones que parecen sobrecogedoras: *«He venido a traer fuego a la tierra». «¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? Os aseguro que no».* Y es que la verdad divide frente a la mentira, la caridad frente al egoísmo, la justicia frente a la injusticia y necesitamos tomar partido siendo conscientes de que la fidelidad es "incómoda”. Parece más fácil contemporizar entre el sí y el no, pero esto es menos evangélico. Estamos tentados de hacer un "evangelio" y un "Jesús" a nuestra medida, según nuestros gustos y pasiones. Es necesario que nos convenzamos que la vida cristiana no puede ser una pura rutina, un "ir haciendo", sin afán constante de mejoramiento y de perfección. Ya Benedicto XVI había afirmado que «Jesucristo no es una doctrina abstracta, sino una persona real que quiere renovar la vida de todos». Lo contrario de la tibieza espiritual en la que a menudo nos instalamos los hombres. Por ello, resulta natural escuchar en boca de Jesús palabras que invitan a la transformación profunda y radical de la sociedad y nos avisa que esto puede dividir una misma familia porque unos le siguen y otros no. Ya en su tiempo unos le siguieron, otros le negaron y otros le persiguieron y condenaron. Si en el evangelio y en el seguimiento de Cristo sólo buscamos un consuelo y un bálsamo para nuestros males, no hemos entendido su intención más profunda. El evangelio es dinámico, inquietante, y en el buen sentido de la palabra incluso revolucionario. El ser fieles al evangelio de Jesús, muchas veces también a nosotros, nos puede producir inquietudes. Estamos en medio de un mundo que tiene otra longitud de onda, que reacciona a menudo con indiferencia, hostilidad, burla y persecución más o menos solapada, ante el seguimiento de Jesús que quiere cambiar el mundo actual. Tener fe hoy, y vivir de acuerdo con ella, es una opción seria. En la moral, por ejemplo, el Evangelio es mucho más exigente que las leyes civiles. Pensemos por ejemplo en la ley del aborto. El evangelio nos exigirá siempre coherencia en la vida de cada día, tanto en el terreno personal como en el familiar o social. Cada vez que celebramos la Eucaristía, ciertamente nos dejamos envolver en la paz y el consuelo de Dios. Pero al mismo tiempo esta celebración interpela nuestra conducta y nos señala caminos posiblemente nuevos. Pensemos por ejemplo que no hemos conseguido todavía dar de comer a todos los pobres hambrientos, ni garantizar los derechos a toda persona, ni siquiera hemos logrado eliminar las guerras o destruir las armas nucleares. El verdadero cristiano lleva la "revolución" en su corazón para alcanzar una paz auténtica donde todos puedan vivir decentemente sin las discriminaciones que impiden una convivencia fraternal. Esta, no otra, es la intención de Jesús al decir las palabras fuertes que hemos escuchado en el evangelio ya que Él ama a todos de verdad y a todos nos enseña a decir y practicar: *«Padre nuestro, hágase tu voluntad así en la tierra como se hace en cielo ».*